



¿Cómo pensar la participación y representación política en un contexto en el que todo cambió?

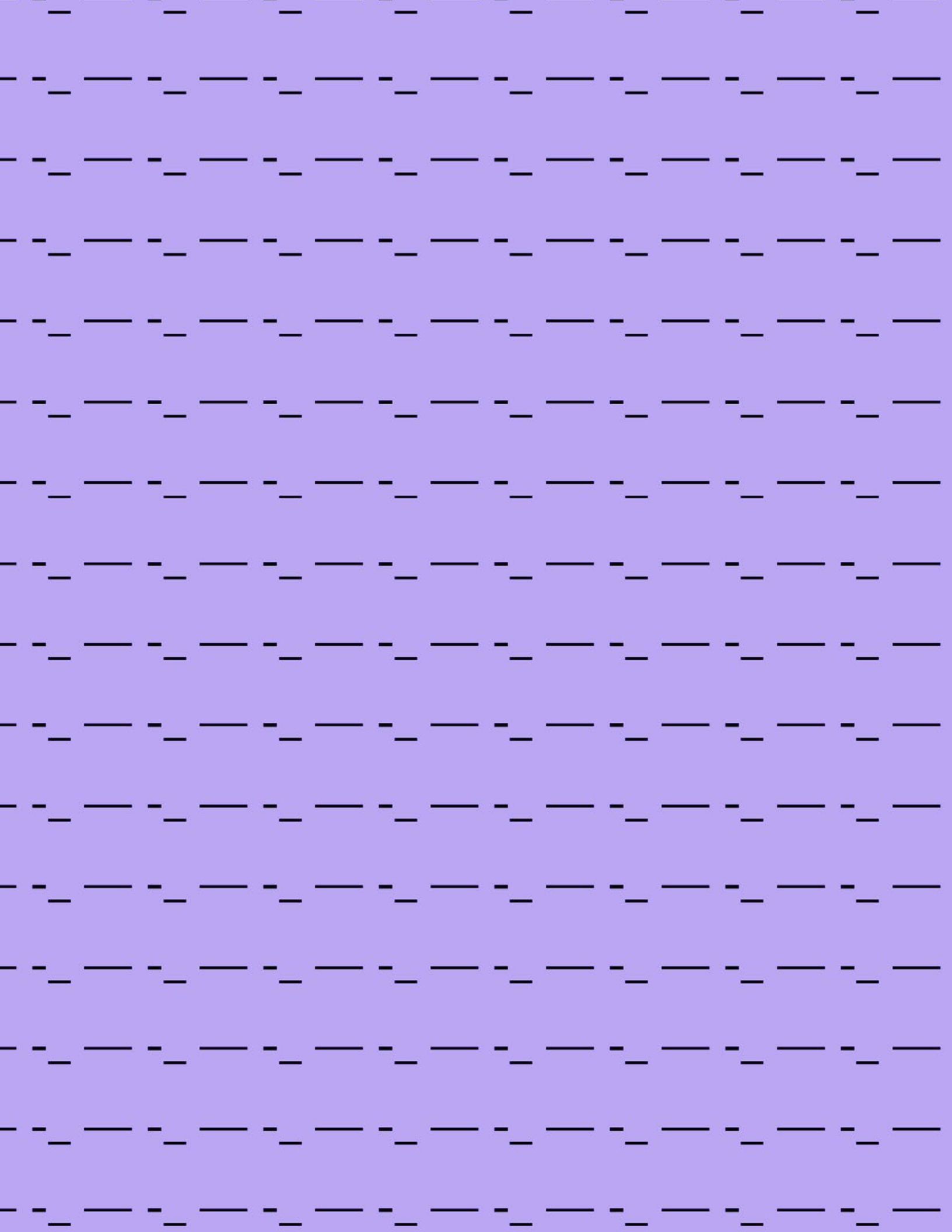
Notas a partir de conversaciones
con militantes en Argentina



(autores)

María de las Nieves Puglia

Adriana Serrudo*



(Re)construir la participación política en un nuevo tablero

[El grito de que no aguantaríamos ni una menos entre nosotras también arrastró otras demandas igualmente necesarias. La marea del Ni Una Menos dio un nuevo impulso a agendas que le preexistían como la de la participación política y la del aborto legal.](#)

La participación política de las mujeres continúa siendo una deuda de la recuperación de la democracia en Argentina. Nuestro país logró salir de un ciclo de oscilación de dictaduras y gobiernos democráticos que recorrieron el siglo XX para aterrizar en un 1983 que inauguró 42 años de democracia ininterrumpida. La recuperación democrática trajo aparejada un esfuerzo por incluir mujeres masivamente en cargos de decisión y representación, pero a pesar del enorme y pionero empeño por generar normativa para lograrlo, a lo largo de estas cuatro décadas la participación política de las mujeres no siempre se encuentra reflejada en el acceso a cargos públicos. Además, esa democracia presenta aún problemas para dar respuesta a demandas básicas de una sociedad muy cambiante, afectando principalmente a colectivos históricamente minorizados como las mujeres, las diversidades, los pueblos indígenas, los migrantes, entre otros.

La mencionada recuperación democrática además trajo bajo la manga una línea más o menos estable de creación de instituciones dedicadas a promover los derechos de las mujeres. Con el nacimiento de la primera Subsecretaría de la Mujer con el primer gobierno democrático postdictadura de Raúl Alfonsín (1987), pasando por la creación del Consejo Nacional de la Mujer en el gobierno de Carlos Menem (1991), su ascenso a Instituto en el de Mauricio Macri (2017) y posteriormente su consagración como Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad (2019), la política de promoción de las mujeres ha sido una constante en la vida institucional del país. Se trató de una de las pocas políticas de Estado que, con matices, se sostuvo transversal a los distintos colores políticos. El poder legislativo también tuvo un nivel de actividad muy alto en estos términos. Generó algunas de las primeras leyes del

-
- * Un agradecimiento a Lorena Terrazas por su generoso aporte de ideas y perspectiva, que enriquecieron y ayudaron a pensar este escrito.

mundo y de la región en materia de género y diversidad sexual. Sancionó en 1986 el divorcio, en 1991 la primera ley de cupo en los cargos del poder legislativo nacional, y los 2000 fueron una verdadera primavera de producción legislativa en reconocimiento de derechos postergados a una vida digna: se legisló la protección integral de las mujeres en todos los ámbitos (la denominada ley de violencia de género), el reconocimiento de la identidad de género y el matrimonio igualitario, la paridad en los ámbitos de representación política y el acceso a la interrupción voluntaria del embarazo, entre muchas otras.

En su vertiente menos institucionalizada, Argentina ha sido un faro de la efervescencia feminista en los últimos 10 años. En 2015 estalla el movimiento Ni Una Menos, que logró movilizar masivamente a mujeres y diversidades pero que también atravesó masculinidades con el objetivo de poner a los femicidios en el centro de la discusión pública. El grito de que no aguantaríamos ni una menos entre nosotras también arrastró otras demandas igualmente necesarias. La marea del Ni Una Menos dio un nuevo impulso a agendas que le preexistían como la de la participación política y la del aborto legal. En este sentido, su núcleo de batalla no fue solo la violencia, sino que se movió anudándose con la historia de otras demandas que venían de una historia muy anterior. En efecto, el estallido feminista de 2015 también se nutre de un feminismo que tuvo una metodología de encuentros desde 1986 en los



Encuentros Nacionales de Mujeres y una tradición de construcción de pensamiento desde las pioneras feministas socialistas y anarquistas de fines del siglo XIX.

Sin embargo, la capacidad de movilización en las calles y de traducciones normativas no se refleja en la institucionalización plena de la participación y representación política de las mujeres. Persiste aún una barrera entre la participación en las organizaciones y las calles y quienes ejercen cargos de decisión, gestión y representación pública. Las mujeres que se movilizan en las calles en los últimos 10 años difícilmente encuentren en la composición del Congreso Nacional, en los gobiernos provinciales y municipales y sus órganos legislativos personas en las que puedan reconocer rasgos similares por su condición de género, clase, raza o etnia.

Las mujeres que se movilizan en las calles en los últimos 10 años difícilmente encuentren en la composición del Congreso Nacional, en los gobiernos provinciales y municipales y sus órganos legislativos personas en las que puedan reconocer rasgos similares por su condición de género, clase, raza o etnia.

A la crisis de representación que han decretado especialistas para las democracias contemporáneas (Heiss, 2020), debemos añadirle otros dos elementos. Primero, la imposibilidad de trasladar la experiencia de la participación política de mujeres y comunidades minorizadas en las organizaciones y territorios hacia las instituciones de gobierno y de gestión. Segundo, la forma que tomó el gobierno desde el ascenso de Javier Milei en diciembre de 2023 que puso en discusión toda la agenda de géneros y diversidades y eliminó todas sus instituciones gubernamentales, prohibió el uso del lenguaje inclusivo y la perspectiva de género en la administración pública y eligió las batallas de la lucha feminista como centros de su ataque a la noción de un Estado.

El gobierno “liberal libertario” (como es denominado por el propio presidente), goza a la fecha de una enorme popularidad, no solo por la expresión del voto popular, sino porque la imagen positiva del presidente no parece caer luego de un año de ejercicio. Su legitimidad se sostiene aún con el déficit fiscal cero como propósito máximo de gobierno, que significa el recorte del gasto público en todas las áreas posibles de intervención del Estado (salud, educación, desarrollo social, entre otros). El ímpetu de este objetivo en verdad lleva consigo un principio más importante aún que es la concepción de que el Estado debiera dejar de intervenir en asuntos que serían de orden individual. Esta idea resuena con las juventudes “mejoristas” que comparten la experiencia del aislamiento

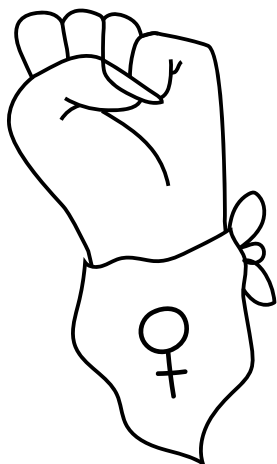


provocado por la pandemia del Covid-19, el estancamiento económico y una mirada crítica sobre la capacidad del Estado de resolver problemas básicos (Semán y Welschinger, 2023).

Fiel a su origen liberal libertario, este posicionamiento responde a una concepción de una sociedad basada en la sumatoria de individualidades egoístas que logran prosperar gracias a la competencia entre las partes. El Estado no tiene ningún rol más que generar la estabilidad macroeconómica que garantizaría la proliferación del desarrollo gracias a la inversión de empresarios que se constituyen como “héroes” de esta historia. En contraste, los enemigos son primordialmente los “degenerados fiscales”; una etiqueta, entre varias otras de alto tono, que se utiliza frecuentemente para denominar a todo aquel que no acuerde con las metas fiscales. También se incluyen los “zurdos” –denominación utilizada para todo referente político que conciba que el Estado es una herramienta importante para la generación de desarrollo y bienestar de un país– y quienes promueven la “ideología de género” –para

denominar a cualquier referente que busque resguardar o ampliar el reconocimiento de las desigualdades de género—. Fundamentalmente se trata de mucho de lo que representan gobiernos anteriores, en especial los periodos kirchneristas y de alianzas afines (Néstor Kirchner 2003-2007, Cristina Fernández de Kirchner 2007-2011 y 2011-2015, Alberto Fernández y Cristina FK 2019-2023). Incluso podríamos incluir allí varios elementos del gobierno de derecha de Mauricio Macri (2015-2019). Sin embargo, es definitivamente con el gobierno inmediatamente anterior conducido por Alberto Fernández con el que el antagonismo es mayor.

Estas nuevas coordenadas de la política local pueden reconfigurar los modos en que se construyen las formas de participación y representación política de las mujeres. Hoy no es lo mismo participar de cualquier instancia política que hace diez o más años y esta no es una mera afirmación historicista: las condiciones políticas y sus legitimidades cambiaron radicalmente.



En este contexto, nos preguntamos: ¿Cómo se construyen las trayectorias de participación política de las mujeres?, ¿qué contenidos tiene la socialización en ese mundo?, ¿qué expresiones participativas concretas?, ¿en qué espacios? Y finalmente ¿qué sentido tiene hoy?

A modo de buscar algunas respuestas, entrevistamos a tres mujeres que construyeron sus trayectorias primordialmente entre los últimos años del siglo XX y principios de los 2000 y que llegaron (una de ellas aún permanece) a ocupar cargos públicos de relevancia tanto a nivel nacional como a nivel local. Nos interesa particularmente que sus construcciones políticas inician en un contexto radicalmente distinto al actual, en el que la militancia por la recuperación de la memoria, la verdad y la justicia sobre la última dictadura cívico-militar, la efervescencia feminista y la militancia territorial fueron parte de las banderas de impronta progresista de los gobiernos kirchneristas o cercanos al kirchnerismo. Hoy gran parte de esas coordenadas se encuentran en jaque tanto por la actual política institucional como por la deslegitimación de estas mismas banderas.

Nos resulta especialmente interesante entender cómo llegan militantes formadas en diferentes espacios políticos y de participación, que supieron interpretar y traducir una serie de demandas populares, a dar sentido a la participación política hoy cuando las condiciones que las trajeron hasta acá cambiaron radicalmente.

A este trabajo también subyace un deseo: no solo comprender cómo hoy se (re)construye un esfuerzo por militar, interpelar, buscar interpretar lo que sucede con poblaciones específicas de la sociedad para proponer transformaciones, sino también aportar algunas reflexiones exploratorias en la búsqueda de una nueva comunidad política. También busca ser una suerte de conversación que pueda interpretar las nuevas coordenadas de construcción progresista a contrapelo de un contexto que se muestra hostil desde arriba y desde abajo, busca ser una invitación a una sensibilidad por el reconocimiento, específicamente, de las condiciones de mujeres, diversidades, indígenas y migrantes.

Las entrevistadas:

abogadas, feministas y territoriales



Elegimos tres entrevistadas: **Sofía, Aymara y Daniela**. Todas se identifican como mujeres y sus historias provienen de distintas provincias del país. Sofía se crio en el centro del país en la provincia de La Pampa. Aymara, si bien se crio en la Ciudad de Buenos Aires, proviene de Jujuy (zona norte de la región Noroeste, lindera con Bolivia del norte del país) y Daniela de Tucumán (zona centro de la región Noroeste). Sin embargo, confluyen en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires entre fines de los años 90 y principios de los 2000. La facultad es singular porque es pública y gratuita como toda la universidad, pero además es un espacio de cultivo para la formación política gracias a la vitalidad de un estudiantado que se organiza en agrupaciones. El carácter colegiado del gobierno de las universidades públicas en Argentina es un gran dinamizador de la participación estudiantil, que tiene oportunidad junto a los otros claustros (docentes, no docentes, graduados) de participar en la toma de decisiones. Un poco por las características del cargo, pero mucho por la capacidad de estas universidades de fomentar la formación política del estudiantado, esta facultad fue cuna de 15 presidentes argentinos.

Las entrevistadas comparten otra característica importante en común: **la militancia a partir del derecho y su ejercicio como eje estructurante de sus trayectorias.** Todas ellas buscaron espacios donde pudieran dialogar y acercar el derecho a comunidades territorializadas: barrios populares, comunidades

indígenas, migrantes y comunidades vulnerabilizadas en una provincia del centro del país y en un municipio de la región noroeste. Ellas entrelazaron su paso por la universidad con su ejercicio profesional, manteniendo como constante a lo largo de todas las etapas de su vida la preocupación y el esfuerzo por los propósitos de su militancia y participación. Probablemente esta sea la definición más clara de una militante: **el propósito de transformación al que adhieren se vuelve un vector que organiza sus experiencias vitales.**

La tercera característica por la que nos interesó conversar con ellas es que ocuparon cargos y funciones de gestión. Dos de ellas en el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad entre 2019 y 2023 y otra en la gestión provincial y luego en el consejo de un municipio. Nuestra selección se basó específicamente en perfiles que hayan participado activamente en espacios y agrupaciones políticas, pero que también se hubieran institucionalizado.



Ellas entrelazaron su paso por la universidad con su ejercicio profesional, manteniendo como constante a lo largo de todas las etapas de su vida la preocupación y el esfuerzo por los propósitos de su militancia y participación.

Para estructurar las conversaciones con nuestras entrevistadas les pedimos que nos comentaran sobre su trayectoria en el activismo y participación política (incluyendo los espacios de formación política y los procesos históricos en los que se anuda esa participación); qué sentidos tiene la participación política para ellas (apuntamos a darle textura y contenido específico al concepto de participación política, es decir, qué significa explícitamente para quienes lo hacen), y cuál es el rol de la participación política en el contexto actual de la Argentina. Estas tres entradas analíticas organizan los subtítulos del texto.

Las entrevistas se realizaron en octubre de 2024 en modalidad virtual y duraron aproximadamente una hora cada una, siempre firmando un consentimiento para el cuidado y resguardo de la información. Todas fueron transcritas con un software y analizadas a través de una matriz en Excel y Atlas Ti. Elegimos resguardar los apellidos de nuestras interlocutoras para colocar el foco de interés en las regularidades y singularidades en sus relatos para entender cómo se piensa hoy la participación política desde la experiencia de quienes vienen haciéndolo hace muchos años.

A modo de adelanto de algunos hallazgos o disparadores que arrojaron las conversaciones y que ordenan analíticamente desde el inicio hasta la actualidad las trayectorias de nuestras entrevistadas encontramos algunas cuestiones interesantes. Además de tener puntos claros en común en el modo en que fueron construyendo sus trayectorias de participación y representación, **todas evalúan que el contexto actual amerita y demanda un retorno a la escucha y a los territorios, un retorno a la insistencia por no perder el contacto con demandas sociales y políticas que han cambiado radicalmente.**

Tres disparadores clave de punta a punta: de la formación política a la hoja en blanco

Juventud y política: la escuela, el arte y las preguntas

[Los centros de estudiantes son un espacio muy privilegiado de formación política para las juventudes argentinas en todo el territorio nacional. Argentina ha sido testigo del surgimiento de puebladas y rebeliones populares a partir de la capacidad de movilización que tienen los y las estudiantes.](#)

La llegada de las tres mujeres entrevistadas a la militancia y la participación política sucede de la mano del tránsito por instituciones educativas. El rol de las escuelas secundarias y universidades públicas en la formación política ha sido históricamente muy importante para la construcción de trayectorias de militancia que luego pueden o no traducirse en participación partidaria y en cargos políticos concretos en los poderes legislativos y ejecutivos nacionales y locales.

La facultad de derecho es el punto de encuentro de estas tres entrevistadas por dos razones. Primero, porque el conocimiento del derecho les dio las herramientas desde donde construir, en algunos casos, y robustecer o reencauzar las intervenciones políticas en otros. Segundo, porque esta facultad ha sido históricamente un semillero de líderes políticos y de militancia político-partidaria en Argentina, y es desde este lugar y sus connotaciones de donde fueron surgiendo los primeros indicios de militancia y preocupación política en sus casos.

Sin embargo, antes de llegar a comprender en qué momento concreto se anudan las militancias de estas tres personas, es interesante recuperar que ese nudo no es el inicio de las preocupaciones o inquietudes políticas para todas.

En el caso de Daniela que creció en una provincia del norte de la Argentina, sus inquietudes políticas comenzaron a articularse más orgánicamente en la escuela secundaria. Los centros de estudiantes son un espacio muy privilegiado de formación política

para las juventudes argentinas en todo el territorio nacional. Argentina ha sido testigo del surgimiento de puebladas y rebeliones populares a partir de la capacidad de movilización que tienen los y las estudiantes. Un claro ejemplo de ello fue el Cordobazo, un levantamiento donde estudiantes universitarios y obreros se unieron en 1969 en contra de la dictadura militar de Juan Carlos Onganía (1966-1970).

...ha sido como un
abrirme un mundo
y a partir de ahí
nunca más dejé de
estar activamente en
todas las luchas.

El movimiento estudiantil secundario de la segunda mitad del siglo XX hizo a la consolidación de la juventud como categoría cultural y política, en definitiva, como actor político clave (Manzano, 2011). La recuperación democrática de los años 80 postdictadura significó la posibilidad de reconstrucción política y la proliferación de la participación fue porque la juventud ya había consolidado en 1960 un espíritu modernizador y en el siguiente uno revolucionario. Su historial de movilización ya había acumulado un repertorio importante de tomas y manifestaciones rebeldes. En los 80, esos repertorios confluyen con la institucionalización de los organismos de participación estudiantil que se formalizaron en 1973. Así recuerda Daniela sus inicios:

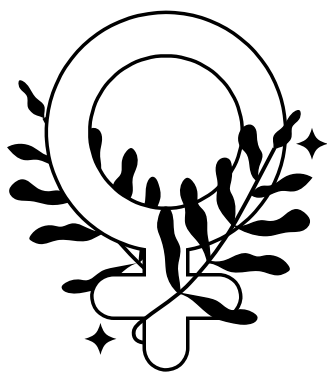
“...lo primero que me acuerdo de participación política ha sido en el secundario a los 16 años. Justo era una época con el menemato [en referencia al expresidente Carlos Menem (1989-1995 y 1995-1999)] y estaban provincializando escuelas nacionales. Yo iba a la normal nacional. Y la provincialización no implicaba traslado de fondos, o sea no iba acompañada de fondos desde el Estado nacional. Entonces era obvio que iba a impactar directamente en la calidad educativa... y entonces yo en ese momento estaba en el centro de estudiantes. No lo presidía ni nada, pero participaba en el centro y hemos hecho una serie de actividades dentro de los cuales nos íbamos a hacer sentadas en la escuela y ahí de hecho, cuando yo empiezo con esto, lo llevo a mi casa... porque bueno, teníamos que ir a hacer una sentada en la plaza y mi mamá estalla en pánico y me dice ‘no vas a ir’. Entonces yo digo ‘¿por qué?’ Y me dice que estaban circulando listas negras y qué sé yo... yo, hasta ese momento en mi vida, no había escuchado ni siquiera hablar, increíblemente, de la dictadura y ahí me entero de parte de mi historia, que es

que yo he nacido en Jujuy, pero toda mi familia es tucumana y bueno nunca en mi familia se había hablado nada. No, yo no tenía idea. Y esto desencadena un poco la historia y bueno y de ahí se me abre un mundo. He empezado a averiguar un montón, a tener de vuelta contacto con mi papá que lo había perdido, a vincularme con madres de amigas mías compañeras de la secundaria que habían estado participando políticamente en los 70 y bueno ha sido como un abrirme un mundo y a partir de ahí nunca más dejé de estar activamente en todas las luchas” (Entrevista D.B. 25/10/2024).

La juventud es en Argentina una categoría política. Abrió y canalizó preguntas sobre los regímenes opresivos de los gobiernos dictatoriales y los órdenes conservadores de la sexualidad, la familia y la moral. Daniela descubre, gracias a su militancia en el centro de estudiantes y las preguntas que ello le genera, que su familia había tenido que migrar de provincia porque su padre había sido perseguido durante la última dictadura cívico militar. Los centros de estudiantes tanto en las escuelas secundarias públicas como en las universidades canalizaron el espíritu y acciones de contestación, pero también promovieron la exploración de la propia historia y dieron estatus político a experiencias que parecían meramente individuales.



La potencia que tuvo la organización política estudiantil para articular las demandas y confeccionar prácticas y acciones también puede encontrarse en las artes. Las instituciones educativas que ayudaron a forjar esa juventud y sus preguntas también generaron un interrogante sobre esa “otra juventud”, la de quienes vivían como expulsivos esos espacios y herramientas que habían promovido una participación tan movilizante durante tantos años a los jóvenes que ahora accedían masivamente a la educación secundaria y tenían chances de ingresar a la universidad. Las artes acercaron herramientas para la interpelación política cuando la escuela no lo hizo o lo hizo menos que en otros momentos.



La experiencia de Aymara pone en evidencia que la escuela resultó ser un lugar de confrontación e interpelación con los imaginarios de blanquitud que sostienen al Estado Nación que las elites argentinas idearon a fines del siglo XIX. Con la escuela como estandarte e instrumento, se impulsó una supuesta homogeneización necesaria para construir un sujeto único: el ciudadano argentino. En este sentido y con esta impronta, la construcción del Estado argentino soslayó e invisibilizó la diferencia cultural presente en su territorio, siendo la escuela el principal instrumento mediante el cual el imaginario de una Argentina blanca y sin población originaria se consolidó a lo largo del siglo XX.

“...recuerdo cuando iba a la primaria, cuando en cuarto grado, se tiene que jurar a la bandera, mi papá no, no, no, no, no, no... decía como que ‘no, no vamos a jurar a donde nosotros tendríamos que jurar a nuestro símbolo milenario’. Bueno, no nos mandaba y también los 12 de octubre (Día de la Raza) que también era polémico en la época porque no estaba como la diversidad cultural y también mi papá era como que ‘no, este día para nosotros significa mucho’. Ya de niños nos empezaba a hacer entender que nosotros teníamos otra identidad, que claramente no éramos la hegemonía blanca y que también en algún punto por el cuerpo te atraviesa. Era engorroso que el primer día te preguntaran todas las docentes: ¿qué significa tu nombre? Entonces me daba vergüenza, todo me pasaba por el cuerpo y yo ya no quería que me preguntaran eso porque era como que quería pasar desapercibida”. (Entrevista A.CH. 18/10/2024).

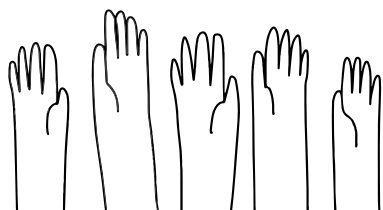
Con la reivindicación del arte, en especial de la música, Aymara fue construyendo una identidad en torno al reconocimiento de su pertenencia a un pueblo indígena. En este sentido, no necesariamente fue la institución educativa la que le proveyó de las herramientas para construirse identitariamente, sencillamente porque las instituciones no son neutrales y se encuentran atravesadas por su propia historicidad.

“Por qué nuestra identidad y a través de la música vamos a poder llegar, digamos a otros espacios, era una época donde sí era duro salir que en la calle no te dijeran ‘boliviano’, ‘negro de m...’ Entonces era duro en ese momento más cuando uno es como adolescente, ¿no? Bueno estamos hablando de la época de los 2000 y entonces yo creo que ahí eso también marcó mucho como mi sentido de pertenencia y a todo eso ahí no había una faceta más política mía, sino más identitaria. Voy a defender mi identidad y ahí ya empecé a reivindicarme con más fuerza. Sí, yo me llamo Aymara. Soy indígena y ya ahí era otro mi posicionamiento”. (Entrevista A. CH. 18/10/2024).

[Ubican como primer descubrimiento e interpelación las preguntas acerca de quiénes eran y la reconstrucción de sus trayectorias familiares.](#)

Como vemos en estos ejemplos, el arte es otra de las instituciones donde la expresión política se hace posible y se potencia. Armar con su hermano una banda de sikus, un instrumento de viento precolombino de la región andina significó para Aymara la entrada a reflexiones individuales y colectivas sobre su propia identidad. Ese grupo fue el espacio desde el cual comenzaron a participar de manifestaciones en contra del 12 de octubre, reconocido en aquella época como Día de la Raza, que recuerda la llegada de Cristóbal Colón al continente americano, negando las identidades indígenas preexistentes y racializando la diferencia. Pero la música había sido un repertorio usual de su socialización primaria, tocar instrumentos era algo muy habitual en su familia. La reivindicación identitaria que Aymara ubica en la práctica de la música puede leerse en paralelo a la que Daniela relata en sus primeros pasos de participación política y el descubrimiento de la persecución de su padre en la última dictadura. Ubican como primer descubrimiento e interpelación las preguntas acerca de quiénes eran y la reconstrucción de sus trayectorias familiares.

Más allá de que ya es conocido que la escuela y la música son dispositivos de construcción identitaria, la lectura histórica en la que esto sucede es más interesante. Según Maristella Svampa (2010) en los 2000 arranca un nuevo ciclo de luchas en América Latina, con la multiplicación de movimientos contra las reformas neoliberales. La unidad nuclear fueron las organizaciones y movimientos sociales (campesinos, indígenas, socioambientales, LGBTIQ+, culturales). Aunque pueden identificarse distintos tipos de activismo, un marcador de la época fue la combinación por ejemplo del autonomismo indígena con el espíritu nacional-popular que encarnaron algunos partidos políticos que llegaron a ser gobierno en la región. Es el caso de Evo Morales en Bolivia. La aparición de esta combinación es la que explica la posibilidad de entrelazar en la experiencia vital de Aymara, por un lado, la experiencia indígena y su tensión con el Estado y, por el otro, la organización nacional-popular hasta llegar a ser parte de una gestión nacional.



Ya en la universidad, nuestras entrevistadas se sintieron interpelladas por organizaciones políticas que les permitieron abrir otra serie de preguntas sobre la relación entre la formación y la militancia. Esto en el derecho se vuelve palpable: las agrupaciones estudiantiles que configuraron la política estudiantil de la Facultad de Derecho en los primeros años de los 2000 permitieron traducir las herramientas del derecho en la militancia territorial. Una nueva forma de participación emerge, ya no solo desde la protesta, sino desde el acercamiento del derecho y el acceso a los servicios de justicia para resolver problemas cotidianos de las personas de comunidades marginalizadas: barrios populares, comunidades indígenas y migrantes, mujeres, infancias.

Sofía participó activamente de esta militancia universitaria y trasladó muchas de estas preocupaciones a sus prácticas de derecho en territorio, organizando, encauzando y sobre todo reflexionando sobre las formas de actuación de la política en los territorios y sus problemáticas.

“Yo me sumé a 14bis [agrupación estudiantil de corte peronista] sin todo este mapa ni toda esta lectura, o sea, yo, pampeana, diecinueve a veinte años sin entender mucho casi nada, con un ADN medio peronista porque soy pampeana. Como que no

Ellas encontraron la forma de transformar sus trayectorias militantes en trayectorias profesionales. Y sus carreras profesionales y militantes fueron plataformas propicias para luego poder ocupar cargos públicos y de gestión.

hay muchas opciones en La Pampa, pero igual yo nunca había tenido partidismo en la secundaria, nada, porque eso no existe en Santo Rosa. Pero siempre me habían interesado, obviamente, estas cosas. Cuando llegué, entré a 14bis porque estaba caminando por un pasillo, yo obviamente estaba muy curiosa de la política universitaria, era época de elecciones, me crucé a M., un hombre así súper copado... estaba M. con otro compañero repartiendo volantes, me dieron un volante que decía 'Asesorías jurídicas en la Villa 31' [un barrio popular de la Ciudad de Buenos Aires], y yo les pregunté, me invitaron a reunión y me sumaron. Empecé a militar en una villa... super interesante porque es la villa del Padre Mugica, es la villa de Tapia, es la villa de referentes muy grosos. Nosotras participamos de un espacio que se llama El Campito... y bueno, después en un momento yo dejé de ir a la 31 porque empecé a trabajar mucho. En un momento empecé a trabajar en los juicios de lesa humanidad" (Entrevista S.V. 09/10/2024)

Todas nuestras entrevistadas trasladaron las herramientas de sus experiencias de militancia universitaria al ejercicio profesional y anudaron su profesión a su socialización política: Sofía a través de la militancia en la villa 31, Daniela y su militancia por espacios de atención a infancias y juventudes y Aymara poniendo letra a las demandas de migrantes de origen indígena en un ámbito urbano. Esta, probablemente, es una de las características más salientes de nuestras interlocutoras: en todos los casos entrelazaron militancia y trabajo, de modo que los límites entre ambos se vuelven tan porosos que es dificultoso distinguirlo. Parte de esto se traducirá luego en carreras sumamente comprometidas con sus comunidades de pertenencia donde pudieron trasladar los saberes del derecho al servicio de las preocupaciones territoriales, pero también se tradujeron en malestares relacionados con la salud mental (como se verá más adelante).

Militar, ejercer la profesión e institucionalizarse siempre significa administrar tensiones

La socialización política en nuestras interlocutoras pasó a ser parte íntegra de sus subjetividades, trasladándose a sus actuaciones profesionales. En palabras sencillas, sus profesiones son también sus formas de intervenir en los mundos que quieren transformar. Es por esto que, cuando exploramos el sentido que tiene para ellas la participación política, sus respuestas siempre involucran un relato sobre su paso por la educación pública, pero también en relación con su ejercicio profesional. Ellas encontraron la forma de transformar sus trayectorias militantes en trayectorias profesionales. Y sus carreras profesionales y militantes fueron plataformas propicias para luego poder ocupar cargos públicos y de gestión. Sin embargo, anudar el propósito político con la profesión tiene sus bemoles. Construir políticamente para ellas siempre implicó administrar una serie de tensiones. Aquí abordaremos dos de ellas: ser mujer en una organización política y transformar la trayectoria militante en gestión pública.

La primera parece una contradicción entre los términos. Por un lado, participar activamente de un espacio, ser candidata a un



cargo público y militar en un territorio son actos que responden generalmente a orgánicas de las organizaciones, es decir responden a decisiones verticalistas de las organizaciones. Y en buena medida esa participación, en los casos que desarrollamos, se pudo traducir en un lugar en la estructura del Estado. Pero, por el otro, construir una trayectoria siendo mujer significa desandar buena parte de la orgánica del propio espacio que generalmente responde a esquemas androcéntricos por estar dominados mayormente por figuras masculinas.

Daniela tiene una larga trayectoria de poner su formación al servicio de un propósito mayor asociado a su formación política. Su relato se llena de momentos en los que ella aparece insistiendo dentro de los espacios en los que ha participado, sea en su organización de base, en su partido político, en su ejercicio profesional como abogada interesada en los derechos de niños, niñas y adolescentes como cuando ocupó cargos de gestión. Su testimonio deja en claro que las propias organizaciones son espacios heterogéneos, con correlaciones de fuerza internas, en las que se disputan sentidos sobre los temas de interés, las poblaciones con las que trabajar y las metodologías.

“He entrado como en un dispositivo cerrado para chicos en conflicto con la ley penal. Y ahí he estado un año muy intenso. Y cuando estaba por renunciar, me han ofrecido quedarme a cargo de la Dirección de niñez, adolescencia y familia de la provincia... un organismo que tenía a cargo todos los hogares e institutos y además todo lo que es conflicto con la ley penal y lo proteccional también. Ha empezado como una cuestión mucho más fuerte con infancias, con la participación de niños, niñas y adolescentes como sujetos de derecho y me ha tocado empezar la implementación del Paradigma de la protección integral [...] Me tocó empezar a ver las voces más oprimidas que en general tenían que ver con las infancias, pero también con las mujeres y con las poblaciones más pobres, más marginadas, con menos acceso a derechos. Hasta ahí siempre mi participación había sido más desde el activismo, aunque era funcionaria, pero era una participación desde la militancia, no era partidaria, yo no me presentaba a elecciones, no disputaba esa arena. Lo que sí disputaba eran los sentidos dentro del Estado, con el poder judicial o

con el ejecutivo desde los territorios, o sea ir muchísimo sobre qué significa la participación muy vinculada a las infancias: que circule la voz, que podamos cuestionar algunas instancias, que pensemos en donde estamos parados, que pensemos para qué muchos de los paradigmas de las normativas, porque muchas veces eso queda lejos, uno hace un esfuerzo inmenso y para un montón de gente que está directamente vinculada no le significa mucho porque está lejos, entonces gran parte de la tarea tenía que ver con acercar eso”. (Entrevista D.B 25/10/2024)

Me tocó empezar a ver las voces más oprimidas que en general tenían que ver con las infancias, pero también con las mujeres y con las poblaciones más pobres, más marginadas, con menos acceso a derechos.

En Sofía y en Aymara, la interpelación feminista al propio espacio es parte de las disputas de sentido que tienen que darse. Porque ser feminista en una organización significa siempre el doble trabajo de torcer la matriz androcéntrica del propio espacio y acercarlo al feminismo, además de militar por el propósito general del espacio. A veces ese esfuerzo de convencer a los compañeros de la propia organización significa una especie de desprendimiento y su transformación en algo distinto.

“...ahí armamos con otras dos compañeras de la militancia de la 31, del Campito, y que no estaban militando. Las convoqué y las llamé para saber en qué andaban, y casualmente andaban en la misma que yo. Entonces, armamos lo que después fue Chana en el [Centro Cultural] Gelman. Y la forma en la que empezamos a armarlo en 2014, principios de 2015, fue primero tratando de pensar con nuestros propios compañeros y compañeras de militancia, y eso no funcionó... Entonces, empezamos a hacer algo abierto, que primero se llamaba Ranchada Feminista, y después se terminó llamando La Ranchada, que fue uno de nuestros principales dispositivos de discusión, de reflexión, como una especie de autorreflexión. Eran básicamente talleres, juntémonos a ver qué sale, y se puso muy interesante... entonces para nosotras fue un poco difícil, pero igual desde el principio entrábamos a las asambleas [de Ni Una Menos]. También porque en esa parte las asambleas tenían una lógica muy abierta, muy transversal... Era una cuestión de estar, estar, estar, estar en todas las asambleas. Y Chana y La Ranchada, que fue ese primer dispositivo, funcionaron, o sea empezó donde éramos cinco, diez y de repente

éramos ochenta. Y de repente al primer Encuentro Nacional de Mujeres que decidimos ir como agrupación porque 14bis no viajaba al Encuentro de mujeres como agrupación, nosotras siempre terminábamos yendo sueltas con alguna otra. Decidimos ir como agrupación. Usina se llamaba la agrupación, a nivel ciudad. Afuera de la facultad llenamos un micro y al año siguiente llenamos cuatro micros, nosotras”. (Entrevista S.V. 09/10/2024)

“[...] Mi hermana también toda mi familia en realidad son militantes. Mi hermana más grande siempre reivindicaba las organizaciones y quería siempre hacer una organización de pueblos indígenas, entonces en esa época ella nos plantea a nosotros de hacer una organización... pero yo por ahí no, yo como me había referenciado con la música, entonces yo quería música, no quiero política partidaria ni nada de eso la organización que acompañaba no es política partidaria, pero yo en ese reivindicar ya estaba creo que en quinto año ya estaba por empezar la universidad y entonces estaba conflictuada con el Estado... y sobre todo esta reivindicación de que los hombres del mundo andino no dejaban que las mujeres tocaran. Entonces esa era mi lucha ahí en ese momento...” (Entrevista A.CH. 18/10/2024)

El salto a la institucionalización significa entrar en una nueva tensión. La reedición de institucionalizarse como medio legítimo para traducir la trayectoria militante de la juventud en la toma de un cargo público es posible gracias a la reactivación de la política institucional que trajo Néstor Kirchner en 2003 (Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2008). A la tensión que ya venía dada por hacerle preguntas al propio contexto y al propio espacio de pertenencia política desde la experiencia femenina, se le suman las preguntas que provoca el paso de la participación de un espacio recortado y particular a la toma de decisiones o representación más amplia que significa ocupar un cargo público y de gestión. En el intersticio entre la orgánica, la inquietud feminista y la de la institucionalización, nuestras interlocutoras construyeron un lugar simbólico a partir de un esfuerzo de síntesis de elementos que tienen que ver con la experiencia como mujeres y que siempre significan un ejercicio simultáneo de reconocimiento y de separación del proceso de socialización política.



En los sentidos que se pueden leer en los relatos de nuestras interlocutoras, ese intersticio tan quirúrgico se construye desde dos lugares sumamente disímiles. En el caso de Daniela que logra ocupar un cargo en la gestión provincial y actualmente es concejala de un municipio, la decisión de asumir los puestos tiene que ver con la posibilidad de construir soluciones para las poblaciones con las que trabaja, pero especialmente en el último tiempo se convirtió en un acto de defensa de los logros de su propia trayectoria.

“... en realidad me postulo a concejala para que no me vuelva a pasar lo de la dirección de familia, o sea, yo lo que he dicho es venimos haciendo toda esta construcción tremenda. Ha estado muy bien el trabajo y la transformación de lo que hemos ido viendo que se podía hacer y yo digo: bueno voy a hacer como los varones, voy a hacer un número como hacen ellos que se presentan a la elección entonces porque tienen votos ya están en las mesas de decisión. Entonces yo digo si alguien con quinientos votos sigue sosteniendo su armado de deporte, ¿por qué yo no me presento y valido la gestión en votos y de paso me garantizo que me voy y no me van a sacar todo? No me van a desarmar la lógica de trabajo, que también es un poco sacarte porque, aunque no te saquen directamente si te desarmen una lógica de trabajo un poco que te están invitando a que te vayas también... y así arranca mi participación partidaria, presentándome a elecciones”. (Entrevista D.B. 25/10/2024).

En el caso de Sofía, asumir un cargo en el primer Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad fue una buena noticia ya que le permitió traducir la actuación militante y profesional en materia de derechos humanos y género al ámbito institucional. Sin embargo, su salida de la gestión significó una pérdida importante. La mirada crítica sobre la gestión de Alberto Fernández (2019-2023), el último gobierno del kirchnerismo señala que el contexto de pandemia generó una combinación nociva para la capacidad de movilización que había mostrado el feminismo en los últimos años. En este caso, la institucionalización también implicó un proceso de desarticulación.

“Chana y todo se disolvió cuando ganamos la elección en 2019. Ya terminan de romper todo. Para mí eso es un datazo, porque yo siento que hubo mucha desmovilización a partir de nues-

tro último gobierno, porque hubo mucho también de desarmar para institucionalizar, ¿viste? Hubo mucho desarme y mucho pasar a formar parte de los gobiernos. Ahí yo entré al Ministerio de las Mujeres [...] y las minas [mujeres] de la organización se metieron todas en el gobierno”. (Entrevista S.V. 09/10/2024)

[...] El Tejido, independientemente que nace con el Censo, tiene una mirada de que seamos nosotros que ocupemos los espacios los espacios políticos. Estamos hablando de espacios del Estado donde seamos nosotras las que estemos ahí en esos espacios que se hable de pueblos indígenas y también poder trabajar desde nuestros conocimientos, de la relación con la Academia.

La institucionalización puede significar desmovilización, pero también puede significar tomar decisiones desde adentro de un Estado que se forjó bajo un imaginario hostil a ciertas poblaciones. En este sentido no es solo una estructura creada por y para varones, sino también por y para varones blancos. Como mencionamos antes, ocupar una silla siendo indígena puede ser visto como una oportunidad. Cuando Aymara logra asumir responsabilidades de gestión en el Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidad, el sentido que le da desplaza la propia persona en función de la pertenencia indígena: siente que no es solo ella la que habla, es su agrupación (El Tejido, una agrupación de profesionales indígenas), su larga trayectoria de trabajo con comunidades indígenas y su propia identidad como parte de un pueblo indígena en un estado históricamente negador de esas presencias.

“[...] El Tejido, independientemente que nace con el Censo, tiene una mirada de que seamos nosotros que ocupemos los espacios los espacios políticos. Estamos hablando de espacios del Estado donde seamos nosotras las que estemos ahí en esos espacios que se hable de pueblos indígenas y también poder trabajar desde nuestros conocimientos, de la relación con la Academia. Porque todos somos indígenas, somos indígenas, pero también somos profesionales y que desde nuestra profesión podamos empezar a trabajar. Yo trabajé mucho el tema del pluralismo jurídico desde nuestra mirada. V. que es politóloga también trabaja cuestiones que tienen que ver más con su carrera y desde su saber y visión mapuche. [...] Y de hecho por eso cuando yo ocupo el espacio dentro del contexto del ministerio que también para nosotros fue un hecho ganado porque también era la voz del Tejido quien estaba ahí”. (Entrevista A.CH. 18/10/2024)

Traducir la militancia en el ejercicio profesional y tensionar la relación entre militancia e institucionalización son elementos que pueden

compartirse con la experiencia de militantes varones. Sin embargo, en todos los casos están atravesadas por la inflexión que trae su condición de mujeres y del feminismo como lente y motor para articular las demandas hacia dentro de sus propios espacios. La mediación de la condición de género es tal que la relación con la profesión y la institucionalización aparece mediada por el gesto de interrogación que trae la experiencia femenina en armados políticos fundamentalmente masculinizados. A modo de síntesis, cada una de ellas coloca sobre la mesa dimensiones que podrían servirnos para rediscutir la participación política bajo nuevas coordenadas: Daniela trae la necesidad de abrir la discusión política en los territorios y traer rigurosidad en las metodologías de gestión; Sofía hizo hincapié en dar espacio a la reflexión feminista para construir vocería en una organización más amplia donde las referencias fueron primordialmente masculinas, una vocería que pareciera perder fuerza con la institucionalización, y Aymara le otorga importancia a la no presuposición de logros y la necesidad de construir nuevamente despojadas del peso de andamiajes conceptuales que se forjaron en otras coordenadas políticas.



¿Qué se hace cuando todo cambia? Poniendo hoja en blanco y volviendo a hacer

[Sofía, Aymara y Daniela dan cuenta de este cambio radical y no eluden la pregunta. Pero hoy la respuesta se construye con condimentos nuevos porque se suma la sensación de un cansancio muy grande producto de la forma en que se vivió el entrelazamiento del estudio, el trabajo y la militancia.](#)

La formación en las escuelas y universidades con énfasis en ciudadanías políticas; los juicios por lesa humanidad en contexto de la dictadura cívico militar y la recuperación de la memoria; la masificación feminista y la agenda de géneros y diversidades; las institucionalidades creadas en pos de garantizar y consolidar el bienestar (ampliación de cobertura educativa, salud y previsión social, derechos de adolescencias e infancias, entre los más destacados), y las oportunidades de ocupar la gestión llevando la voz de pueblos indígenas y muchos colectivos minorizados (migrantes, afrodescendientes, personas con discapacidad entre otros) son todas posibilidades que parecen conjugarse en tiempo pasado.

La política y su gestión en el nivel nacional cambió radicalmente en diciembre de 2023 y con ella se fueron también transformando, con matices, muchas administraciones provinciales y locales. El Gobierno de Javier Milei trajo el déficit fiscal como mayor enemigo y al Estado expresado a través del gasto público y de la función pública (a la que llamó “casta”) como su mayor obstáculo. Su legitimidad se sustenta sobre la base de un hartazgo social bastante generalizado, pero especialmente materializado en los más jóvenes de un país que sufre de una enorme inestabilidad económica crónica y no genera empleo privado hace más de diez años. Además de otros factores como el crecimiento del empleo informal, la economía de plataformas que ha modelado nuevas formas de trabajar, un mercado financiero que alimenta la fantasía de generar ingresos sin trabajar y la emergencia de un movimiento opuesto al avance del feminismo, se configuran nuevas subjetividades que sostienen la singularidad del gobierno de Milei. Estas subjetividades son radicalmente distintas a las condiciones de posibilidad de las trayectorias de nuestras entrevistadas.

Este nuevo contexto nos deja dos certezas. En primer lugar, que todos aquellos avances que se habían realizado en especial en el plano simbólico y que se podrían considerar como intocables, no parecen serlo. Todos ellos fueron pilares de la construcción polí-

tica de nuestras interlocutoras: las políticas de memoria, verdad y justicia, la justicia de género y el reconocimiento y visibilidad de los pueblos originarios. Esos pilares hoy están en discusión y están en el ojo de lo que el Gobierno enarbola como “la batalla cultural”. En segundo lugar, el péndulo de la política argentina cambió y mostró todo su abanico y con ello los modos de interpelación política, tarea primordial de cualquier militancia. Quién es el nuevo sujeto al que hay que hablarle es todavía una pregunta sin respuesta clara.

Sofía, Aymara y Daniela dan cuenta de este cambio radical y no eluden la pregunta. Pero hoy la respuesta se construye con condimentos nuevos porque se suma la sensación de un cansancio muy grande producto de la forma en que se vivió el entrelazamiento del estudio, el trabajo y la militancia. Se trata de tres momentos casi simultáneos de una trayectoria vital que constituyen un desafío en un contexto en el que no hay afinidad posible con un gobierno con el que no solo no se comparten coordenadas ideológicas básicas, sino que no se comprende cabalmente. A ello se suma el desgaste propio de las tensiones que transitan quienes pasan de la participación política en una organización a la gestión. La salud física y mental son variables muy poco expuestas por quienes se dedican a la vida política. Sin embargo, si bien hay signos de hastío por momentos, es paradójico que también aparezcan vías de acción que implican un “volver a empezar”. En todos los casos aparece una convocatoria a no presuponer nada, a no dar nada por hecho o logrado y a desarmar la idea de que había consensos sociales indiscutibles. Todo aquello que se pensó consensuado e intocable pasó a ser material de trabajo de base para volver a pensar y reflexionar. Volver a “las bases”, al “territorio” y volver a tener conversaciones se siente como mandato.

“Yo lo que lo que veo es que tenemos que volver a los contextos, tenemos que volver a nuestras bases. Pero por otro lado reforzar lo que nosotros damos por entendido que ya está saldado, por ejemplo, nosotros damos por entendido, como organizaciones indígenas, que 1492 fue genocidio y fue la esclavitud [...] Y entonces nosotros creo que a veces damos por entendido que hemos saldado temas y realmente no”. (Entrevista A.CH. 18/10/2024).

Para nuestras entrevistadas, el sentido político se construye desde la relación con el territorio, el barrio, la universidad. En definitiva, (re)construir desde abajo.

“Sí, es verdad que hay un agotamiento y lo que sí me genera un poquito de esperanza es que sé que se vuelva a entramar con más sentido el diálogo universidad-sindicato-barrio, ¿viste? Como universidad-sindicato-comunidad, porque siento que ese diálogo nos dio un montón en la historia argentina y no sé por qué no debería darlo de vuelta como en diferentes momentos de la gestión, y la formación de poder técnico desde la universidad, o sea, es la convivencia entre tres esferas de la vida que es interesante”. (Entrevista S.V. 09/10/2024)

“Ahora yo lo que más haría es territorializar la participación más que las grandes marchas que no es que estoy en contra, para nada, pero sí creo que no están generando hoy una modificación en algunas instancias salvo cuando hay temas que logran nuclear a más de un grupo de interés. Volvería mucho a la participación territorial y a generar una conciencia de para qué la política, para intentar construir otra cosa. Yo creo que lo que está en crisis, es la forma de representación política que venimos teniendo y creo que esto ya tiene que ver con si generamos o no espacio de participación, tiene que ver con que tenemos que hacer otra cosa y para hacer otra cosa hay que encontrar un nuevo lenguaje [...] para mí lo que ha caducado un poco es el desde donde estamos haciendo política y cómo la política partidaria está tan separada de lo que ocurre en los territorios cotidianamente [...] y para construir otra cosa no le veo otra forma que desde los territorios con la circulación de la palabra. Y poniendo hoja en blanco y medio volviendo a hacer”. (Entrevista D.B. 25/10/2024).

Para nuestras entrevistadas, el sentido político se construye desde la relación con el territorio, el barrio, la universidad. En definitiva, (re)construir desde abajo. El gesto pareciera encontrar afinidad electiva con la misma crisis de representación provocada por la imposibilidad de cumplir algunas de las promesas de bienestar que se propusieron las democracias modernas y, en especial, los progresismos latinoamericanos que en Argentina tuvieron cuatro períodos presidenciales casi consecutivos de cuatro años cada uno.

Conclusiones:

militar en el fin del mundo

Nuestras interlocutoras son expresión de un ejercicio mayor. Conversar con ellas nos permitió entender que sus trayectorias militantes se construyeron bajo la fuerza de una triple condición. La primera es la revalorización de la juventud como categoría política, formada gracias a la singularidad de la educación secundaria y universitaria argentinas y a la acumulación de repertorios de rebelión desde la década del 60, pero transformada en protagonista de la épica política del primer kirchnerismo. La segunda es la conjugación de los movimientos sociales con la posibilidad de la institucionalización que trae ese mismo Gobierno pero que se consolida e institucionaliza con el de Alberto Fernández. La tercera es la masificación del feminismo con el estallido del Ni Una Menos en 2015. Emerge la posibilidad de hacer, bajo estas condiciones y desde el feminismo, algo distinto del espacio de participación política. Hacerlo más amplio y, además, considerar la posibilidad de institucionalizarlo. A pesar de que las condiciones de trasladar la movilización en institucionalización estuvieron dadas para las mujeres y a pesar de avances significativos y comprobables, el camino hacia la paridad en el Congreso Nacional y en los poderes ejecutivos y legislativos tanto de la nación como de las provincias no se logró.

Hoy esas condiciones cambiaron radicalmente y el espacio libertario logró construir mecanismos de interpelación e interpretación de los humores sociales que habían cambiado tras la pandemia. En estas nuevas coordenadas las entrevistadas buscan cómo reconstruir los compromisos políticos y sus respuestas las orientan hacia la hoja en blanco y la vuelta a las bases. El problema de las hojas en blanco es que hay que escribir la primera palabra para romper con la inmovilidad que genera la sorpresa y la necesidad de volver a leer y a escuchar antes de tipear y proponer posibilidades de acción.

Bibliografía

- Bonvillani, Andrea, Palermo, Alicia Itatí, Vázquez, Melina, y Vommaro, Pablo A. (2008). Juventud y política en la Argentina (1968-2008): Hacia la construcción de un estado del arte. *Revista argentina de sociología*, 6(11), 44-73. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000200004&lng=es&tlng=en.
- Heiss, Claudia (2020). Populismo y desafíos de la representación política en las democracias contemporáneas. *Revista de Sociología*, 35(2), 30-41. <https://revistadematemáticas.uchile.cl/index.php/RDS/article/view/58646/62530>
- Manzano, Valeria (2011). Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. *Propuesta Educativa*, núm. 35, 2011, pp. 41-52. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Buenos Aires, Argentina. <https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041706005.pdf>
- Semán, Pablo y Welschinger, Nicolás. (2023). Juventudes mejoristas. La crítica al Estado, la política y la economía en la generación pandémica. *Cuadernos de antropología social*, (58), 29-52. <https://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n58/1850-275X-cas-58-29.pdf>
- Svampa, Maristella (2010). Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios políticos en América Latina. *OneWorld Perspectives*. <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/104744>

Sobre las

autoras

Adriana Serrudo es antropóloga por la Universidad Nacional de Salta (Argentina) con más de dos décadas de trabajo de investigación y gestión en torno a temáticas vinculadas a pueblos indígenas y políticas públicas educativas. Se dedica a la docencia y la investigación en el ámbito de la formación docente en contextos de población indígena.

María de las Nieves Puglia es licenciada en Sociología, magíster en Antropología Social y doctora en Sociología por la Universidad Nacional de San Martín de Argentina. Se dedica a la docencia, la investigación y la gestión en temas vinculados a Género y Desarrollo.

